

Aspectos del simbolismo en *La Torre vigía* de Ana María Matute

Por su articulación básica, *La Torre vigía*¹ de Ana María Matute podría definirse como novela de aprendizaje y su punto de vista es el de un narrador cuyo anónimo refuerza el carácter ejemplar de una fábula en la que el lector volverá a encontrar los temas acostumbrados y obsesivos de la novelística de la autora: descubrimiento conflictivo del mundo; el tiempo y sus estragos, la memoria; la nostalgia de la infancia; la insuperable dificultad de la comunicación humana; el odio y el amor; el Bien y el Mal. Llama la atención la profusión de escenas y palabras referentes a la violencia o la agresividad. Los diez capítulos del relato abarcan un período comprendido entre los seis y los quince años del protagonista.

La acción transcurre en el año mil aproximadamente y dentro de un ámbito socio-geográfico entre germánico y eslavo; el proceso de aprendizaje es representado por las etapas que tendrían que llevar al protagonista a ser armado caballero. Es un universo donde las pasiones y los conflictos se expresan de manera primitiva y directa. Los distintos elementos inherentes al marco cronológico —la vida en el castillo, las armas, los guerreros, las costumbres, etc.— sugieren una visión de la vida concebida como una lucha feroz. El hombre es un guerrero. La presencia insistente de animales en metáforas, comparaciones o descripciones contribuye poderosamente a crear o acentuar un ambiente salvaje, inquietante, misterioso, lleno de crueldad y soledad. Sin hablar del significado más profundo que tienen animales como el caballo y el halcón. A estos elementos con su ya reducida dosis de realismo, se añaden otros que confieren al texto progresivamente pero desde las primeras páginas su dimensión irreal, onírica, simbólica. Ciertos comentarios de la crítica a textos anteriores de Ana María Matute me parecen perfectamente aplicables a *La Torre vigía*: «realismo poético» y personajes que son «más bien símbolos que personas de

¹ (Barcelona, Lumen, 1971).

carne y hueso»²; «secreta esperanza de que el mundo acabe por semejarse al soñado (...)». «Su actitud es el rechazo total, y su propuesta, medio sueño, medio esperanza, otro mundo a imagen y semejanza suya»³; «exacerbado lirismo subjetivo que la lleva a una dislocación poética de la realidad»⁴; «imágenes superpuestas y reiteradas»⁵; y, dominándolo todo, en lo temático, el Tiempo.

La guerra de los hombres es una guerra, sin esperanza pero enconada, contra el tiempo. En *La Torre vigía* se distinguen tres niveles de tiempo. Hay una cronología, un tiempo «lineal» y destructor, el que huye y que está indicado por las referencias a la progresión en edad de los personajes, mientras se superpone el ritmo de un tiempo cíclico, es decir la sucesión siempre repetida de muerte y renacimiento que es el ciclo de las estaciones, motivo frecuente en la novela. El narrador vive ambos tiempos, pero también los supera, trasciende de ellos; tiene el sentimiento de no pertenecerles. Desde las primeras páginas aparece como un ser feo y marginado pero de cierto modo privilegiado, elegido para un destino fuera de lo común, depositario de «remotas memorias» (p. 22) y «muchos tiempos» (p. 22); lleva en sí los signos de «los dioses perdidos» (Cap. VI) que representan el Gran Tiempo mítico de los orígenes y de la inocencia, ajeno a la cronología del tiempo histórico. En el penúltimo capítulo se lee que la fuerza que empuja al protagonista pertenece a «un orden de hechos que sucedían, y al mismo tiempo habían sucedido, y aún seguirían sucediendo, sin principio ni fin visibles» (p. 192). Es el verdadero tiempo del narrador.

Comparando la situación inicial con la final, se comprueba que siguió un camino que lo lleva de un espacio —el de su familia— donde domina lo bajo, lo vulgar, la vejez y la decadencia hasta un lugar elevado: lo alto de la torre vigía. Cada uno de los diez capítulos representa la adquisición de un grado superior de conocimiento. No es ajeno a la estructura de la novela el simbolismo numérico⁶ que consideraremos a continuación destacando las relaciones entre los capítulos V, IX y X.

Cinco es el centro de los nueve primeros números; representa, en la tradición simbólica, al hombre, sus cinco sentidos, la totalidad del mundo

² J. DOMINGO, *La novela española del siglo XX* (Barcelona, Labor, 1973), t. II, pp. 62 y 63.

³ I. SOLDEVILLA DURANTE, *La novela desde 1936*, (Madrid, Alhambra, 1980), pp. 250 y 253.

⁴ V. FUENTES, «Notas sobre el mundo novelesco de Ana María Matute», en R. CARDONA (ed.), *Novelistas españoles de Postguerra*, (Madrid, Taurus, 1976), t. 1, p. 105.

⁵ E. DE NORA, *La novela española contemporánea* (Madrid, Gredos, 1970), t. III, p. 265.

⁶ Para el simbolismo numérico remitimos a: J. CHEVALIER y A. GHEERBRANT, *Dictionnaire des symboles*, 4 tomos (París, Seghers, 1973).

material. Los primeros capítulos relatan un proceso de aprendizaje social y sentimental. Después de haberse adaptado —aparentemente— a la sociedad y haber descubierto juntos el odio y el amor, el narrador afirma, al final del capítulo V, es decir, a mitad de camino: «Aquel día comenzó mi verdadera historia» (p. 107).

Es entonces cuando, a partir del capítulo VI, va acentuándose de manera cada vez más fuerte la dimensión irreal del relato y se hace más infranqueable la distancia que separa al protagonista del mundo.

La revelación de lo que llama su «verdadero destino» (p. 190) se produce en el capítulo IX, cuando encuentra al vigía. Nueve, número de la coronación de los esfuerzos, de la perfección de una creación, de la solidaridad cósmica y la redención. Como último de la serie de los números, anuncia un fin y un comienzo; abre una fase de transmutación. Se acerca el momento en que el narrador tendría que ser armado caballero. El principio del capítulo va caracterizado por las ideas de luz, renacimiento —primavera en este caso— y ascensión (subida a la torre). Cito algunas frases: «... me dejé invadir por un desconocido sol. Se me antojó, entonces, que mi naturaleza luchaba por renacer de sí misma: igual que una nuez joven empuja y revienta la vieja cáscara, hasta asomar su verde piel al mundo» (p. 189); «Lo cierto es que la torre parecía emanar de sí misma la luz, en lugar de recibirla... Y a cada peldaño que ganaba, me sentía enviado, sin posible elusión, a mi verdadero destino» (p. 190). Es el capítulo en el que el significado de símbolos e imágenes, tejidos en una densa red a lo largo de los capítulos anteriores, se hace más comprensible, porque ya se puede percibir el significado profundo de la trayectoria del héroe: la superación y la negación de las pasiones humanas, del Bien y del Mal como fuerzas antagónicas, mediante una integración cósmica. Cito: «mi vida ya era parte de las infinitas formas de un tiempo sin límites, ni murallas, ni cercos espinosos. Yo era una gota, y a un tiempo alcanzaba la totalidad de la gran luz; lluvia incesante, de alguna poderosa especie a la que, sin duda alguna, llegaría a integrarme» (p. 203); «y todo mi ser se desplegaría, y multiplicaría, y esparciría, en una naturaleza completa» (p. 195). Será prudente insistir en el hecho de que no se trata de la clásica idea de triunfo del Bien sobre el Mal. Ambos conceptos están presentes; pero el maniqueísmo constituirá el enemigo del narrador dispuesto, como dice, «a partir en dos el mundo: el mundo negro y el mundo blanco; puesto que ni el Bien ni el Mal han satisfecho, que yo sepa, a hombre alguno» (p. 237). Este tema ya estaba sugerido en el primer capítulo⁷. Tampoco debemos

⁷ «De este modo asistí por primera vez, al color blanco y al color negro que habían de perseguirme toda la vida: y que (entonces) creí partían en dos el mundo» (p. 25).

interpretar la novela como la expresión de algún proceso de espiritualización de connotación religiosa moderna. El narrador obedece a una fuerza «absolutamente natural, aunque superior al común entendimiento humano» (p. 192). Funciona en el texto un contraste entre un lejano y único «Gran Rey» — así, con mayúsculas— que abandonó a sus súbditos y la añoranza de los viejos Dioses perdidos cuyo mensaje, diríamos que panteísta, se actualiza en la figura obviamente solar del protagonista. En *La Torre vigía* Ana María Matute sueña con una humanidad integral, vuelta a una primigenia unidad, mítica en el sentido de supratemporal: «El fin del mundo es el triunfo de los hombres: una victoria más brillante que ninguna conocida. Y esta victoria alcanza al universo entero, y forma parte de una inmensa esfera, que jamás empieza y jamás termina» (p. 194).

Consciente ya de su destino, el héroe debe superar las últimas pruebas, materia del décimo capítulo, cuyo contenido también me parece cuadrar con algunos de los valores simbólicos atribuidos al diez: suma de los cuatro primeros números, puede significar la totalidad del universo y el retorno a la unidad y expresar tanto la muerte como la vida o la coexistencia de ambos. Al principio del capítulo se mantiene la ficción del nivel más literal de la fábula: el narrador va a ser armado caballero. Largamente se describen los preparativos (baño purificador y encierro) para la ceremonia de investidura, antes tan deseada. Pero los preparativos resultan ser sólo las últimas presiones de la sociedad de los guerreros sobre el héroe que ya no tiene nada que ver con el mundo desgarrado entre fuerzas opuestas que quiso asimilarlo. El narrador huye. La iniciación que tendrá lugar es muy distinta de la que había sido materialmente preparada por los hombres del castillo. Se suceden unas escenas de marcado carácter onírico o fantástico. El narrador es atravesado por las lanzas de sus tres hermanos que lo odian desde siempre: viejo tema esotérico de la muerte como origen de una vida de hombre regenerado. «Liberado de todo peso» (p. 235), vuelve a subir a la torre y presencia el Gran Combate entre los jinetes Negros y los jinetes Blancos para luego matar de su propia mano al Bien y al Mal y diluirse en el Tiempo para proseguir su mismo combate.

Es un hombre literal y simbólicamente armado el que subió a la torre donde sustituye para siempre al vigía misteriosamente desaparecido. La torre sugiere naturalmente vigilancia y ascensión; es escala de relación entre la tierra y el cielo: entre lo alto y lo bajo. Quizá no sea inútil señalar que en el capítulo anterior, el narrador se entera de que el vigía había sido aprendiz de alquimista. Recordemos que en representaciones simbólicas el atesorador de los alquimistas con frecuencia adopta la forma de una torre, para significar que las transmutaciones buscadas van en el sentido de una elevación espiritual.

Unas palabras, para terminar, sobre el tiempo de la narración, o sea: sobre la figura del protagonista en su papel de narrador relatando las profundas transformaciones que experimentó. Los hechos referidos se expresan con tiempos del pasado. Algunas veces aparece un presente —en fórmulas como «Me digo ahora..» (p. 47)— que no pertenece al nivel de lo narrado sino al nivel de la narración, el hecho de narrar incluido en la ficción. Están en presente los últimos verbos de la novela: «A veces se me oye, durante las vendimias. Y algunas tardes cuando llueve» (p. 237). Estas dos frases, si por una parte reflejan la perdurabilidad de la situación final del protagonista, por otra al misterio de su anónimo suman el del carácter indefinible, en términos racionales y objetivos, del ámbito espacial y temporal de la producción ficticia del relato. De todas formas las referencias a un personaje definitivamente transformado que asume la autoría puede invitarnos a enriquecer —aunque con mucha prudencia por falta de indicios suficientes— la interpretación de las etapas sucesivas de una excepcional aventura. En el cuarto capítulo el narrador insiste en sus dotes particulares para la lectura (pp. 76-77); en el quinto dice que ya no busca hablar con sus compañeros: «Por contra, más amaba y añoraba, día a día, la antigua soledad, la reflexión y los sueños... prefería la plática silenciosa con mis propios pensamientos... mano a mano con mis descubrimientos y revelaciones» (p. 98). Y desde el primer capítulo se advierte claramente que el protagonista además de marginado se define, sobre todo como testigo y observador. En el proceso de aprendizaje que desemboca en una forma superior de conocimiento, quizá se perfila también una simbolización de la formación del escritor.

PATRICK COLLARD

Rijksuniversiteit Gent